

—¿Está muerto acaso Boulatruelle?

—No,—respondió el Colmenero,—está borracho.

—Barredle á un rincón,—dijo Thénardier.

Dos de los "fumistas" empujaron al borracho con el pie hasta el montón de hierro viejo.

—Babet, ¿por qué has traído tanta gente?—dijo Thénardier por lo bajo al hombre del garrote.—Era inútil.

—¿Qué quieres!—replicó el del garrote.—Todos han querido ser de la partida; el tiempo es malo, y apenas se hacen negocios.

El lecho sobre el que el señor Leblanc había sido derribado, era una especie de cama de hospital, sostenida por un par de banquillos de madera y toscamente labrados.

El señor Leblanc les dejó hacer.

Los bandidos le ataron sólidamente, derecho, y con los pies sujetos al banquillo más separado de la ventana y más próximo á la chimenea.

Cuando quedó apretado el último nudo, Thénardier cogió una silla y fué á sentarse casi enfrente de Leblanc.

Thénardier se había transformado; en breves instantes su fisonomía había pasado de la violencia desenfrenada á la dulzura tranquila y astuta.

Mario apenas podía conocer en aquella sonrisa política de oficinista la boca casi bestial que momentos antes espumeaba. Contemplaba estupefacto aquella metamorfosis fantástica y alarmante, y sentía lo que sentiría un hombre cualquiera que viese á un tigre cambiarse en procurador.

—Caballero... —dijo Thénardier.

Y apartando con el gesto á los ladrones, que aún tenían puestas las manos sobre el señor Leblanc, añadió:

—Apartaos un poco, y dejadme hablar con este caballero.

Todos se retiraron hacia la puerta.

Thénardier prosiguió.

—Caballero, habéis hecho mal en querer saltar por la ventana, porque hubiérais podido romperos una pierna. Ahora, con vuestro permiso, vamos á hablar tranquilamente. Ante todo debo comunicaros una observación que he hecho, y es que todavía no habéis lanzado el menor grito.

Thénardier tenía razón; este detalle era positivo, aun cuando en su turbación Mario no lo había notado.

El señor Leblanc apenas había pronunciado algunas palabras sin alzar la voz, y hasta en su lucha junto á la ventana con los seis bandidos, había guardado el más profundo y singular silencio.

Thénardier prosiguió:

—¡Vive Dios! que aun cuando hubiérais gritado: ¡ladrones! no me habría parecido inconveniente. Se grita á veces; ¡al asesino! y esto no lo habría yo tomado á mal. Es muy natural que se meta un poco de ruido cuando uno se encuentra con personas que no le inspiran suficiente confianza. Aunque lo hubiérais hecho, no por eso os habríamos incomodado; ni aún siquiera os habríamos puesto una mordaza. Y voy á deciros por qué. Este cuarto es muy sordo. No tiene más que esta cualidad, pero la tiene. Es una cueva. Aunque reventase aquí una

bomba, el ruido que se sentiría en el cuerpo de guardia más próximo no pasaría de ser lo que el ronquido de un borracho. Aquí el cañón haría ¡bun! y el trueno ¡puf! Es un alojamiento cómodo. Pero, en fin, no habéis gritado, tanto mejor; os felicito en verdad, y voy á deciros lo que pienso de ello. Cuando se grita, mi buen señor, ¿quién acude? La policía. ¿Y después de la policía? La justicia. Pues bien; vos no habéis gritado; luego no os interesa más que á nosotros el que acudan la



justicia y la policía. Ya hace tiempo que me lo sospechaba. Vos tenéis algún interés en ocultar alguna cosa. Por nuestra parte, tenemos el mismo interés: Así pues podemos entendernos.

Hablando así, parecía que Thénardier, fija su pupila en el señor Leblanc, trataba de hundir sus puntas agudas que salían de sus ojos hasta la conciencia de su prisionero. Por lo demás, su lenguaje, sazonado con cierta insolencia suave y socarrona, era reservado y casi escogido; y en aquel miserable, que poco antes era un bandido, se revelaba entonces "el hombre que ha estudiado para clérigo".



El silencio guardado por el prisionero, aquella precaución que llegaba hasta el olvido de cuidar de su vida, aquella resistencia opuesta al primer movimiento de la naturaleza, que es gritar; todo unido, es preciso decirlo, desde que había sido observado y realizado, importunaba á Mario y le asombraba dolorosamente.

La fundada observación de Thénardier obscurecía aun más para Mario las misteriosas sombras bajo las cuales se ocultaba aquella figura grave y extraña, á la que Courfeyrac había puesto el apodo del señor Leblanc.

Pero, fuese quien fuere, atado, rodeado de verdugos, medio sumido, por así decirlo, en una zanja que se abría debajo de él más y más á cada instante, ya ante el furor, ya ante la dulzura de Thénardier, aquel hombre permanecía impassible, y Mario no podía menos de admirar en semejante momento aquel rostro soberbiamente melancólico.

Era evidentemente una alma inaccesible al miedo, é ignorante de lo que fuese la desesperación. Era uno de esos hombres que dominan las situaciones apuradas. Por extrema que fuese la crisis, por inevitable que fuese la catástrofe, no había allí nada de la agonía del ahogado que abre debajo del agua ojos horribles.

Thénardier se levantó sin afectación, fué á la chimenea, separó el biombo, que arrojó contra la cama inmediata, dejando al descubierto la hornilla llena de ardientes ascuas, en la que el prisionero podía ver perfectamente el escoplo, enrojecido hasta el blanco y moteado de brillantes estrellitas bermejas.

Luego Thénardier volvió á sentarse inmediato al señor Leblanc.

—Continúo,—dijo,—podemos entendernos; arreglemos esto amigablemente. Hice mal en incomodarme hace poco; no sé dónde tenía la cabeza; he ido demasiado lejos, y he dicho mil barbaridades. Por ejemplo, porque sois millonario, os he dicho que exigía dinero, mucho dinero, enorme cantidad de dinero. Esto no sería razonable; tenéis la suerete de ser rico, pero tendréis también vuestras obligaciones; ¡quién no tiene las suyas! No quiero arruinaros; al fin y al cabo, yo no soy un desollador. No soy de esos que porque tienen la ventaja de la posición se aprovechan de ella para ridiculizarse. Oid, pues; yo cedo algo, y hago un sacrificio por mi parte. Necesito solamente doscientos mil francos.

El señor Leblanc no dijo una palabra.

Thénardier prosiguió:

—Ya véis que dejo de aguar bastante mi vino. No conozco el estado de vuestra hacienda; pero sé que no tenéis mucho apego al dinero; y un hombre benéfico como vos, bien puede dar doscientos mil francos á un padre de familia que no es feliz.

Vos sois ciertamente razonable, y ya calcularéis que no me habré tomado el trabajo de hoy, y organizado la cosa de esta noche, que es un trabajo muy acabado, según confesión de estos señores, para ir á pedirlos solamente con que echar un trago de lo tinto de á doce y comer ternera en casa de Desnoyers. Doscientos mil francos es lo que esto vale.

“Una vez desembolsada por vos esta bagatela, yo os respondo que todo queda concluído, y no tenéis ya que temer nada absolutamente. Me diréis: “¡Pero yo no tengo aquí doscientos mil francos!” ¡Oh! No soy exagerado; no exijo eso. Sólo os pido una cosa. Tened la bondad de escribir lo que voy á dictaros”.

Aquí Thénardier suspendió su arenga, y luego añadió, acentuando mucho sus palabras, y dirigiendo una sonrisa hacia el lado del hornillo:

—Os advierto que no admitiré la excusa de no saber escribir.

Un inquisidor general hubiera podido envidiar aquella sonrisa.

Thénardier empujó la mesa inmediata al señor Leblanc, y sacó tintero, pluma y papel del cajón, que dejó entreabierto, y en el cual brillaba la ancha hoja del cuchillo.

Puso el pliego de papel delante del señor Leblanc.

—Escribid,—dijo.

El prisionero habló por fin:

—¿Cómo queréis que escriba si estoy atado?

—Es cierto: ¡perdonad!—prorrumpió Thénardier.—Tenéis muchísima razón.

Y volviéndose hacia el Colmenero, le dijo:

—Desatadle el brazo derecho al señor.

Panchaud, alias Primavera, alias Colmenero, ejecutó la orden de Thénardier.

Cuando estuvo libre la mano derecha del prisionero, Thénardier mojó la pluma en el tintero, y se la presentó.

—Tened muy presente,—dijo,—que estáis en nuestro poder, á nuestra discreción; que ningún poder humano puede sacaros de aquí, y que nos afligiría verdaderamente el vernos obligados á recurrir á extremos desagradables. No sé, ni vuestro nombre, ni las señas de vuestra casa; pero os prevengo que seguiréis atado aquí hasta que vuelva la persona encargada de llevar la carta que váis á escribir. Ahora tened la bondad de poner.

—¿Qué?—preguntó el prisionero.

—Lo siguiente:

El señor Leblanc cogió la pluma.

Thénardier comenzó á dictar:

—“Hija mía...”

El prisionero se estremeció, y levantó los ojos hasta Thénardier.

—Escribid: “Mi querida hija”,—dijo Thénardier.

El señor Leblanc obedeció.

Thénardier continuó:

—“Ven al momento...”

Aquí se detuvo á preguntar:

—La tuteáis, ¿verdad?

—¿A quién?—preguntó Leblanc.

—¡Pardiez!—exclamó Thénardier,—á la chica, á la Alondra.

El señor Leblanc respondió sin la menor emoción aparente:

—No sé lo que queréis decir.

—De todos modos, continuad,—dijo Thénardier; y se puso á dictar nuevamente:

—“Ven en seguida. Necesito absolutamente de tí. La persona que te entregará esta carta lleva el encargo de acompañarte donde yo estoy. Te aguardo. Ven confiada”.

El señor Leblanc la había escrito todo.

Thénardier añadió:



—¡Ah! Borrad el "ven confiada"; esto podría hacer suponer que la cosa no es natural, y que la desconfianza es posible.

El señor Leblanc borró las dos palabras.

—Ahora,—prosiguió Thénardier,—firmad. ¿Cómo os llamáis?

El prisionero dejó la pluma, y preguntó:

—¿Para quién es esta carta?

—¡Bah! Ya lo sabéis,—respondió Thénardier;—para la chica, acabo de decirlo.

Era evidente que Thénardier evitaba nombrar a la joven de que se trataba.

Decía "la Alondra", "la chica", pero no pronunciaba el nombre. Precaución de hombre hábil, guardando su secreto entre sus cómplices. Decir el nombre, hubiera sido entregarles todo el negocio, y enseñarles más de lo que tenían necesidad de saber.

Continuó:

—Firmad. ¿Cuál es vuestro nombre?

—Urbano Fabre,—dijo el prisionero.

Thénardier, con el movimiento propio de un gato, se metió la mano en el bolsillo y sacó el pañuelo cogido al señor Leblanc. Buscó la marca y se aproximó á la luz.

—U. F. Eso es. Urbano Fabre. Pues bien; firmad U. F.

El prisionero firmó.

—Como se necesitan las dos manos para cerrar la carta,—dádme la,—la cerraré yo.

Hecho esto, Thénardier añadió:

—Poned el sobre "Señorita Fabre", en vuestra casa. Sé que no vivís muy lejos de aquí, por los alrededores de Santiago de Haut-Pas, pues que allí vais á misa todos los días; pero no sé la calle. Veo que comprendéis vuestra situación. Como no habéis mentido al decir vuestro nombre, tampoco mentiréis para vuestra dirección. Ponedla vos mismo.

El prisionero permaneció un momento pensativo; luego cogió la pluma y escribió:

—Señorita Fabre, casa Urbano Fabre, calle Saint Dominique d'Enfer, número 17.

Thénardier tomó la carta con una especie de convulsión febril.

—¡Mujer!—gritó.

Acercóse la Thénardier.

—Aquí tienes esta carta. Ya sabes lo que hay que hacer. Abajo encontrarás un coche. Marcha inmediatamente, y vuelve idem.

Y dirigiéndose al hombre del mazo, le dijo:

—Tú que te has quitado el tapabocas, acompaña á la ciudadana. Subirás en la trasera del coche. ¿Sabes dónde has dejado la carraca?

—Sí,—contestó el hombre.

Y dejando su mazo en un rincón, siguió á la mujer de Thénardier.

Cuando ya se iban, Thénardier sacó la cabeza por la puerta entreabierta, y gritó en el corredor:

—¡Cuidado con perder la carta! Mira que van en ella doscientos mil francos.

La voz ronca de la mujer respondió:

—Descuida. La he guardado en el pecho.

No había transcurrido un minuto, cuando se oyó el chasquear de un látigo, que fué disminuyendo y se apagó rápidamente.

—¡Bien!—murmuró Thénardier.—Van á buen paso. Como sigan corriendo de este modo, la ciudadana estará aquí de vuelta, dentro de tres cuartos de hora.

Acercó una silla á la chimenea, y se sentó cruzando los brazos, acercando sus botas enlodadas al hornillo.

—Tengo frío en los pies,—dijo.

Ya no quedaban en el desván con Thénardier y el prisionero, más que cinco bandidos.

Aquellos hombres, á través de las caretas ó de la untura negra que les cubría el rostro, parecían, según el miedo de quien los mirase, carboneros, negros ó demonios; tenían el aire embotado y triste, por el que se conocía que ejecutaban un crimen como un trabajo cualquiera, tranquilamente, sin cólera y sin lástima, con cierta especie de aburrimiento. Hallábanse en un rincón amontonados como bestias. Thénardier se calentaba los pies y se callaba.

El prisionero había vuelto á caer en su taciturnidad. Una sombría calma había sucedido al feroz estrépito que llenaba el desván momentos antes.

La vela, que había producido un largo pábilo, iluminaba apenas el inmenso tugurio; el fuego había palidecido, y todas aquellas cabezas monstruosas proyectaban sombras deformes en las paredes y en el techo.

No se oía otro ruido que la tranquila respiración del viejo borracho que dormía.

Mario esperaba con ansiedad siempre creciente. El enigma era más impenetrable que nunca. ¿Quién era aquella "chica" á quien Thénardier había llamado la Alondra? ¿Era su "Ursula?" El prisionero no había parecido conmovido al oír esta palabra, la Alondra, y había contestado lo más naturalmente del mundo: "No sé lo qué queréis decir". Por otra parte, las dos letras U. F. estaban explicadas: era Urbano Fabre, y Ursula no se llamaba ya Ursula. Esto era lo que Mario veía más claro.

Una especie de fascinación horrible le retenía clavado en su sitio, desde donde observaba y dominaba toda la escena. Estaba allí, casi imposibilitado de reflexionar y de moverse, como aniquilado por ver de cerca cosas tan altamente abominables.

Aguardaba un incidente cualquiera; no importaba cuál, no pudiendo reunir sus ideas, y no sabiendo qué partido tomar.

—De cualquier modo,—decía, si la Alondra es ella, la veré, porque la mujer de Thénardier va á traerla aquí. Entonces todo acabará; daré mi vida y mi sangre, si es menester, pero la libentaré. Nada me detendrá.

Después de pasar así una media hora, Thénardier parecía absorto en una tenebrosa meditación; el prisionero no se movía.

Sin embargo, Mario creía oír por intervalos, y desde hacía algunos instantes, un ligero ruido sordo hacia el lado del prisionero.

De pronto Thénardier apostrofó á este último:

—Señor Fabre, atended lo que voy á deciros desde luego.



Estas pocas palabras parecían ser el principio de una declaración. Mario prestó oído.

Thénardier continuó:

—Mi mujer va á volver; no os impacientéis. Creo que la Alondra es verdaderamente vuestra hija, y encuentro muy natural que la guardéis vos. Pero oíd: con vuestra carta ha ido mi mujer á buscarla. La había dicho yo que se vistiese, como habéis visto, para que vuestra hija consienta en seguirla sin dificultad. Las dos subirán al carruaje, y mi camarada en la trasera. Hay en cierta parte, fuera de puertas, una “carraca” enganchada en dos buenos caballos. Llevará allí á vuestra hija; se apeará del coche, mi camarada subirá con ella en la “carraca”, y mi mujer volverá aquí á decirnos: “Ya está hecho”. En cuanto á vuestra hija, no se le hará ningún daño; la “carraca” la llevará á un sitio donde estará tranquila; y en cuanto me hayáis dado esos miserables doscientos mil francos, os será devuelta. Si hacéis que me prendan, mi camarada dará el martillazo á la Alondra, y listos.

El prisionero no articuló una palabra. Después de una pausa, Thénardier prosiguió:

—Esto como véis, es sencillísimo. No habrá nada malo, si vos no queréis que lo haya. Os cuento simplemente la cosa; es decir, os la anticipo para que la sepáis.

Se detuvo; el prisionero no rompió el silencio, y Thénardier continuó:

Cuando mi esposa haya vuelto y me haya dicho: “la Alondra está en camino,” os soltaremos, y sereis dueño de ir á dormir si gustáis á vuestra casa. Ya veis que no tenemos malas intenciones.

Espantosas imágenes cruzáronse por la mente de Mario. ¡Cómo! Aquella joven á quien robaban, ¿no iba á ser llevada allí? ¿Uno de aquellos monstruos iba á arrebatársela en la sombra? ¿Dónde?... ¿Y si era ella? ¡Y claro está que lo era! Mario sentía apagarse los latidos de su corazón.

¿Qué hacer? ¿Disparar el tiro? ¿Poner en manos de la justicia á; todos aquellos miserables?

Pero no por eso el hombre del mazo dejaría de estar fuera de todo alcance con la joven, y Mario pensaba en estas palabras de Thénardier, cuya sangrienta significación entreveía: “Si hacéis que me prendan, mi camarada dará el martillazo á la Alondra.”

Ahora ya no le detenía solamente el testamento del coronel, sino también su mismo amor, el peligro de la que amaba.

Esta espantosa situación, que duraba ya más de una hora, cambiaba de aspecto á cada instante.

Mario tuvo la fuerza de pasar revista sucesivamente á las más dolorosas conjeturas, buscando, y no hallando, una esperanza.

El tumulto de sus pensamientos contrastaba con el fúnebre silencio de la madriguera.

En medio de aquel silencio se oyó el ruido de la puerta de la calle, que se abría y luego volvía á cerrarse.

El prisionero hizo un movimiento en sus ligaduras.

—Aquí está la ciudadana,—dijo Thénardier.

Apenas acababa de hablar, cuando en efecto, se precipitó su mujer en el cuarto, amoratada, desalentada, jadeante, echando chispas por los ojos, y exclamando después de pegar con sus dos manazas sobre sus dos muslo:

—¡Dirección falsa!

El bandido que había ido con ella, asomó detrás, y se dirigió á coger su mazo.

—¿Dirección falsa?—repitió Thénardier.

La mujer repuso:

—¡Nadie! En la calle de Saint Dominique, número 17, no vive ningún Urbano Fabre. Nadie dá razón de él.

Detúvose sofocada, y luego continuó:

—Mira, Thénardier; ese viejo te la ha pegado; tú eres demasiado bueno. Ya ves; yo que tú le hubiera abierto en canal para empezar; y si se hubiera hecho de rogar. Le habría asado vivo. Entonces le hubiera sido preciso hablar, y decir donde está su hija y donde tienen el gato, así es como hubiera yo manejado el negocio. Bien dicen que los hombres son más bestias que las mujeres. ¡Nada; no había nadie en el número 171. Es una puerta cochera grandísima. ¡En la calle de Saint-Dominique no hay ningún señor Fabre! ¡Y á escape, y propina al cochero, y todo! He hablado al portero y á la portera, que es una buena mujer y no le conocen.

Mario respiró.

Ella, Ursula ó la Alondra, aquella á quien no sabía como llamar, estaba á salvo.

En tanto que la mujer, exasperada, vociferaba, Thénardier se había sentado sobre la mesa; permaneció algunos instantes sin pronunciar palabra, moviendo su pierna derecha, que colgaba, y contemplando el hornillo con aire de salvaje meditación.

Por fin, le dijo el prisionero con inflexión lenta y singularmente feroz:

—¡Dirección falsa! ¿Qué es, entonces, lo que te has figurado?

—¡Ganar tiempo!—gritó el prisionero con acento expansivo.

Y en el mismo momento sacudió sus ligaduras; estaban rotas. El prisionero sólo quedaba atado á la cama por una pierna.

Antes de que los siete hombres hubiesen tenido tiempo de comprender la situación y de lanzarse sobre él, Leblanc se inclinó hacia la chimenea, extendió la mano hacia el hornillo, y luego se enderezó. Thénardier, su mujer y los bandidos, rechazados por el asombro al fondo del desván, le miraban estupefactos cómo levantaba por encima de su cabeza el escoplo hecho áscua, del que se desprendía una claridad siniestra, casi libre y en formidable actitud.

La sumaria á que más adelante dió lugar la aventura de la casucha de Cuervo, hizo constar, que en uno de los reconocimientos de la policía se halló en el desván un sueldo cortado y trabajado de un modo particular. Aquella moneda era una de esas maravillas de industria que la paciencia del presidio engendra en las tinieblas y para las tinieblas; maravillas que no son otra cosa sino instrumentos de evasión. Estos productos deformes y delicados, de un arte prodigioso, son en la bisutería lo que las metáforas de la germania son en la poesía. Hay Benvenutos Cellini en los presidios, como hay Villons, en el idioma. El infeliz que aspira á la libertad encuentra medios á veces sin instrumentos, con un cortaplumas, un cuchillo viejo,